

# COSQUILLILAS



**30**  
céntimos.

*Demetrio*

UNA SEÑORA DE OCHENTA AÑOS, EN 1927

Por Demetrio.



Estas dos nenas de la "Fox-Film" os anuncian que nuestro número extraordinario de Carnaval estará a tono de la belleza de ellas, y que el público se encontrará agradablemente sorprendido por la innovación que encontrará en sus cuarenta y cuatro páginas. La nueva máquina que, para el tiraje en color de COSQUILLAS, ha instalado en sus talleres doña Zoila Ascasibar y C., nos permite asegurar por anticipado, la irreprochable presentación de nuestro extraordinario, el cual dejará en el biberón al Almanaque.

2.4918



# COSQUILLAS

REVISTA COMICO  
SATIRICA

Aparece los sábados

Administración:

CENTRAL ADMINISTRADORA

PUBLICACIONES Y EDICIONES

Paseo del Dr. Esquerdo, 6. Tel. 53.355

Toda la correspondencia al Ap.º 9.035

Precio del ejemplar: 30 cts.

Director: INCORDIEZ

Año II Madrid, 5 de Febrero de 1927 Núm. 19



## Incoherencias

por el

### “Chino desconocido,”

Yo no paso de cuatro y un conato. Lo siento, amiga mía.

\*\*\*

Querer es poder, pero según a la edad en que se quiera.

\*\*\*

¡Si me ven, que me vean!

\*\*\*

¡Atiza!... Me he dejado la combinación en el reservado...

\*\*\*

Antes que te cases mira lo que haces... ¡Mira lo que haces por no casarte!

\*\*\*

¡Es la mía, caballero!...

\*\*\*

—¿Entonces no sabes quién es el padre?

—¡Estaba tan distraída por entonces!...

\*\*\*

En los hospitales hacen con algunos enfermos lo que don Cecilio con los árboles.

\*\*\*

¡Juanito, abróchate la gabardina. que viene gente!

\*\*\*

Vuestro (¡pero qué iba a decir!),

EL CHINO DESCONOCIDO



Si haces amistad con una mujer de esas, házse la conocer a todos tus amigos. Mal de muchos, consuelo de tontos; pero consuelo.

\*\*\*

Casi todas las mujeres apetecen que las osculicen y que las deseen. Pero algunas atizan unas bofetadas que anestesian. Lo digo por experiencia, porque a mí me ha sucedido.

\*\*\*

Si apenas abierta la taquilla de un cine ponen el cartelito de “No hay billetes”, ten en cuenta que la respetable familia de las taquilleras no tienen la culpa de nada.

\*\*\*

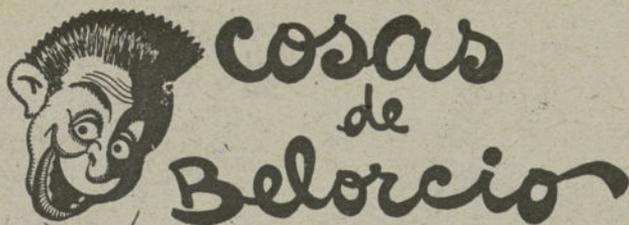
Desconfía de esas mujeres que coquetean hasta el borde del precipicio de la caída; pero que saben mirar al fondo sin marearse y sin caer.

Esas son de las que no dejan de calcular ni delinquiendo.



El extraordinario de Carnaval, que vamos a poner a la venta, será EL MEJOR DE TODOS. De esto no quitamos ni tanto así

Este número ha sido revisado por la censura.



# Cosas de Belorcio

Fritz riñe con su amante

Yo no quería; bero ella se estaba una mujer moi mocho demasiado beligrosa, carramba. Antoneses, yo la dije que su esboso bodía enterrarse de nuéstras moi estrechas relaciones; berro ella ma dijo que sa amurriese si sa anterraba.

—Tú, mi begueño Frits—ma dijo Nicanorsita—, no tienes que astar preocupado de nada.

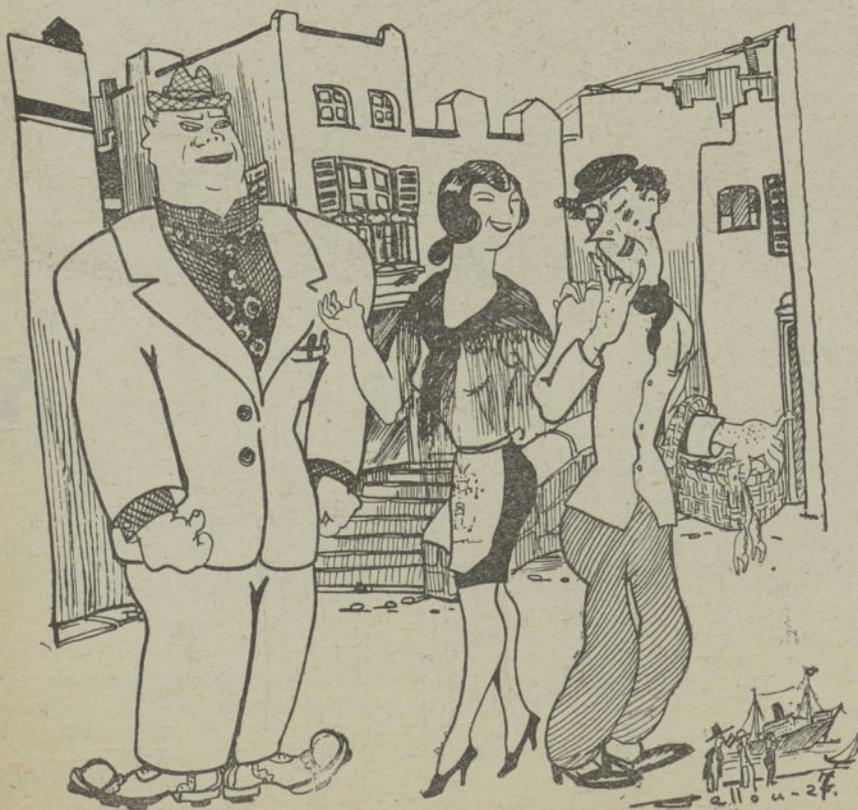
—Ya se astará tu marido, ¿ferdá? —la bregunté yo.

—Sí; mi marrido se astará segurramente; berro lo bresiso es que tú y yo, nos astemos bien buestos del acuer-

do; borque nunca jamás, de ningún manerra, bodamos ser sobrendidos bor mi moi mocho bopresito desgrasiado esboso, que vamos a engañar toro él.

—Antoneses, mi querrida Nicanorsita, ¿qué nos famos a haser tú y yo borque no nos sobrenda?

—Ferrás, mi amado Frits. Tú vienes a casa bor la noche, a las dies, que ya se está mi esboso marchado al casino; llegas frente de mi falcón y esperas. Si mi esboso se está aún a la casa, yo no hase nada y tú no subes; berro en cuanto él se esté ido a la calle, yo entreabre el falcón y te tira a la ca-



Ella (por el extranjero).—*Ascucha, Frasquito; dise este señó que a cómo son lo cangrejo.*

Frasquito.—*Dile que pa ér, de barde.*

Dib. de Bellón.

lle un moneda; tú te sientes el sonido y te subes anseguida bor no no berder nuestro tiempo.

—¡Ah, moi pien, asmirrabable, querrida Nicanorsita! ¡Tú te erres una gran mujer moi lista! Del modo que yo ma pongo a la calle y cuando tú ma arroques el durro, yo ma...

—¡Oh, mi querrido sinvergüensa Frits, yo no te está dicho el durro! Yo te está dicho el moneda...

—Pien, tú ma echas el moneda y yo, antoneses, subo...

—Esto sí se está pien.

Y esto confinimos, Antoneses, yo ma fui por la noche al frente del falcón de la casa de mi Nicanorsita y asperré a que se estuviesen sonadas las dies. Basó un ratito. Por fin, se sonó una, se sonó otra, se sonaron todas las dies... Y yo esberré el sonido del moneda todo agonisado de la imbasiencia que me comía... Basó un otro más largo ratito y nara...

¡Ya se estuvo, gracias al diaplo, que ma sentí el ruido del falcón que sa está apierto y ma fui escuchado del sonido de un moneda, que sa repotó serca de mí!

—¡La señal de Nicanorsita! —ma dije—. Y fi en el reloj que sa astaban las dies y media horra se faltaba por las onse. Antoneses, ansendí un serrilla y busqué el moneda...

¡Se estaban las dose y media de la noche que yo entraba al piso de Nicanorsita!

—¡Oh, qué hombre bárbaro! ¡Qué hombre tonto te estás querrido, Frits! ¡Nos estamos perdido dos moi puenas horras de blaser dichoso bor tu estúpida tardansa! —ma gritó Nicanorsita. ¡Ahorra vas a tenerte que salir moi aprisa, que mi esboso se está parra venirse ya a la casa!...

—¡Oh que siento yo esto que nos pasa, Nicanorsita!

—Berro, hombre idiota, ¿bor qué no te has estado subido a seguida que yo te hise la señal?

—Berro querrida Nicanorsita mía! ¿Cómo quierres que yo ma estufiese subido sin haper encontrado el moneda?...

## Fernando Luque

Nuestro entrañable amigo y compañero Fernando Luque ha muerto. Nuestro dolor sincero no nos permite hacer comentarios, que resultarían inexpresivos ante la magnitud de nuestra pesadumbre.



CONFIDENCIA, por Demetrio.

- ¿Tan loca sigues por aquel hombre, al que no lle gaste...?
- ¡Ay, chica! ¡Lo tengo entre ceja y ceja!
- Y lo quisieras cambiar de sitio, ¿verdad?

## Divagaciones en el alero

Ramiro de Maeztu sostiene que hay artistas que se sirven del aplauso para buscar el dinero, porque para ellos el aplauso es un medio y el dinero un fin, en cambio, hay banqueros que buscan el dinero como medio para merecer aplausos.

Estamos dispuestos a creer a Maeztu. Y a formar en seguida una "claque" que ovacione a Urquijo en cuanto ponga el pie en la calle. ¡A ver si se desprende de un millón de pesetas!

\*\*\*

En "El espejo indiscreto"—una sección decente del "Heraldo"—hemos leído que en Praga se ha editado un "Manual de conducta para uso de los empleados de los tranvías", en el que, entre otras cosas, se dice: "Colocaos le-

jos de las parejas de novios y de espaldas a ellas".

He aquí una indicación sensata. ¡Y bien necesaria para nuestro país!

Cuando uno aquí se atreve a salir a la calle en compañía de una muchacha y tiene el propósito de entablar con ella un diálogo que conduzca, mediata o inmediatamente a un mueble con muelles, parece que le brotan ojos a las fachadas para seguir los pasos de uno. O, mejor dicho, de los dos.

Si es de día, no falta el transeunte con aire distraído que acompasa su paso con el nuestro y a una distancia visiblemente inferior a un cuerpo de caballo. Y cuando uno dice apasionadamente apretando el brazo—por lo más mollar—de la interfecta:

—¡Nos vamos a morder donde tú sabes, senegalesa!—el transeunte distraído vuelve la cabeza rápidamente y fulmina una mirada que lo deja a uno pegado al cemento que emplea el ramo de la construcción.

Si es en un tranvía, no falta, a unas pulgadas de distancia, un caballero que lee un diario y que abandona—¡qué infame!—la crónica de Zozaya, la "Glosa" de Eugenio d'Ors, el comentario de "Andrenio" o el artículo de Marcelino Domingo, para asaetarnos con sus pu-

pilas a ver si nos permitimos realizar comprobaciones sobre la tersura de las manos de la desgraciada.

Si es en un parque, allí está el guarda, ojo avizor y lengua desatada, para meterse con nuestros sentimientos más delicados. Si es de noche, surgirá fatalmente el sereno junto al quicio que nos haya brindado refugio. Y surgirá en el momento crítico para que no podamos esquivar sus malos tratos—si es que los hay—por tener las extremidades ocupadísimas.

Y así sucesivamente.

Ya es hora de que todo ciudadano curioso y entremetido, cuando vea una pareja de novios, se ponga en el caso de él—o en el de ella, si lo prefiere—y los deje en paz. Porque todos imaginamos, poco más o menos, lo que puede ocurrir en el peor de los casos, y ni el césped, ni los quicios, ni los solares, ni los asientos del tranvía, ni las butacas del "cine" son entes susceptibles de rubor.

Lo que pueda pasar entre los novios no interesa a nadie más que a ellos. Si ella no protesta, ¿a qué meterse en líos?

Y, aun con la oposición de ella... Recordaremos siempre el ejemplo de tolerancia que ofreció a todos los ocupantes de la plataforma de un tranvía de la calle de Toledo una madrileña ajamonada y de buen ver. Ibamos en la plataforma quince más de los que supone la Compañía que caben, y junto a la jamona cayó un caballero de aspecto respetabilísimo.

El hombre, a pesar de su respetabilidad, no fué insensible a los encantos de su vecina. Los demás íbamos ajenos a su noble tarea. Llegado el tranvía a la Fuentecilla, la jamona avisó al cobrador, y dijo:

—Voy a apearme aquí.

Hizo una pausa, y agregó, dirigiéndose al caballero:

—Si es que ha terminado usted. Porque si no ha terminado, siga...

De ella y de los tranviaros checoslovacos debemos aprender.

VENEGAS



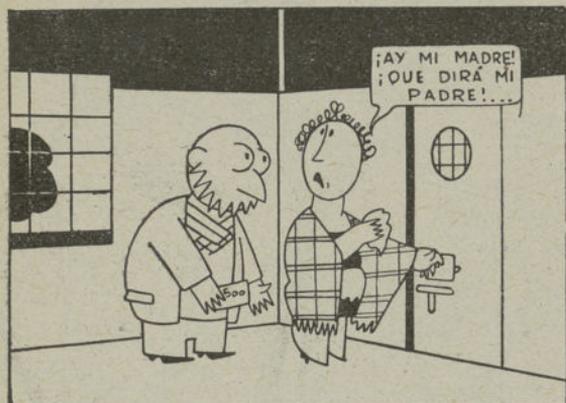
Cantaballa

...El novio que he presentado a papá y a mamá es, claro está, el novio oficial; a quien no les presento ni en broma es al novio soldado.

**FOTOGRAFÍAS  
SELECTAS: RARAS  
Hermosas colecciones  
10 ptas. en sellos de Correo.**  
Escribid a **Excelsior**, Poste Res-  
tante Central.  
**BORDEAUX (Francia)**

El suceso de este carnaval, será  
el extraordinario de COSQUI-  
LLAS

# LA GULA, por Mihura



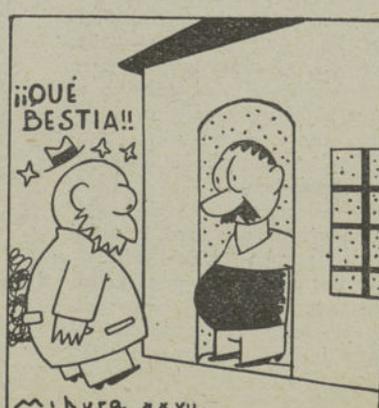
Don Eugenio Violento, estaba cabreado. Todas las muchachas se le iban por causa de su hijo. Ya no tenía bastante dinero para reparar los daños que éste ocasionaba.

Y era inútil amonestarle con las más exquisitas palabras ni los más lógicos razonamientos.



Porque a los pocos meses de tomar otra fámula, se repetía la escena dramática y algo indecente.

Hasta que, ya cansado, para castigarlo, lo llevó a una finca suya, dándole orden al único guarda que cuidaba aquella, de que no le dejase salir ni un momento.



Pero el vástago, para que el guardián le dejase ir al pueblo más cercano, fomentaba la gula del lugareño, cediéndole su comida y dándole más dinero para goisinas.

Y cuando, a los seis meses, el buen padre fué a buscarle para atizarle un abrazo de perdón...

Por poco no se hace polvo del susto.



El profesor italiano Vicentini acaba de descubrir que los rayos solares no son cálidos ni luminosos.

Dice que el calor y la luz del sol nacen de la resistencia que la atmósfera terrestre le opone, y que la creencia hasta el presente sustentada obedece a una ilusión de óptica.

Nosotros pasamos por que el calor dimana de la resistencia y aun del tratamiento. Eso le sucede no sólo a los astros, sino hasta a las personas.

Lo que no pasamos a creer es lo último. Eso de que el calor es un efecto de óptica... ¡según con el ojo que se le mire!

\*\*\*

En Berlín ha muerto un socio que estuvo a punto de casarse ciento veinte veces.

Su especialidad parece ser que era las viudas ricas.

Nos explicamos la preferencia, ¡porque hay por ahí cada viuda riquísima!...

Lo que no nos explicamos es cómo a ese benemérito de la humanidad no se le ha premiado como merecía.

¡Ciento veinte viudas consoladas!

¡Ciento veinte veces dispuesto a llenar un hueco que el difunto dejó al diñaria!

¡A ver dónde podrían hallar ellas un consolador tan abnegado!

¡Ni tan anegado!...

\*\*\*

Varios concejales han presentado una proposición para que en las placas indicadoras de los nombres de las calles figure la ciencia, el arte, la profesión, la obra o el hecho que hizo acreedor al usufructuario a tal merecimiento.

Nos parece lógica la petición, y solicitamos que no quede calle en Madrid sin este perpetuado honor.

Sería muy curioso, por ejemplo, *saber la obra* y los *hechos* que tuvo la *Justa* para ganarse el nombre en una calle.

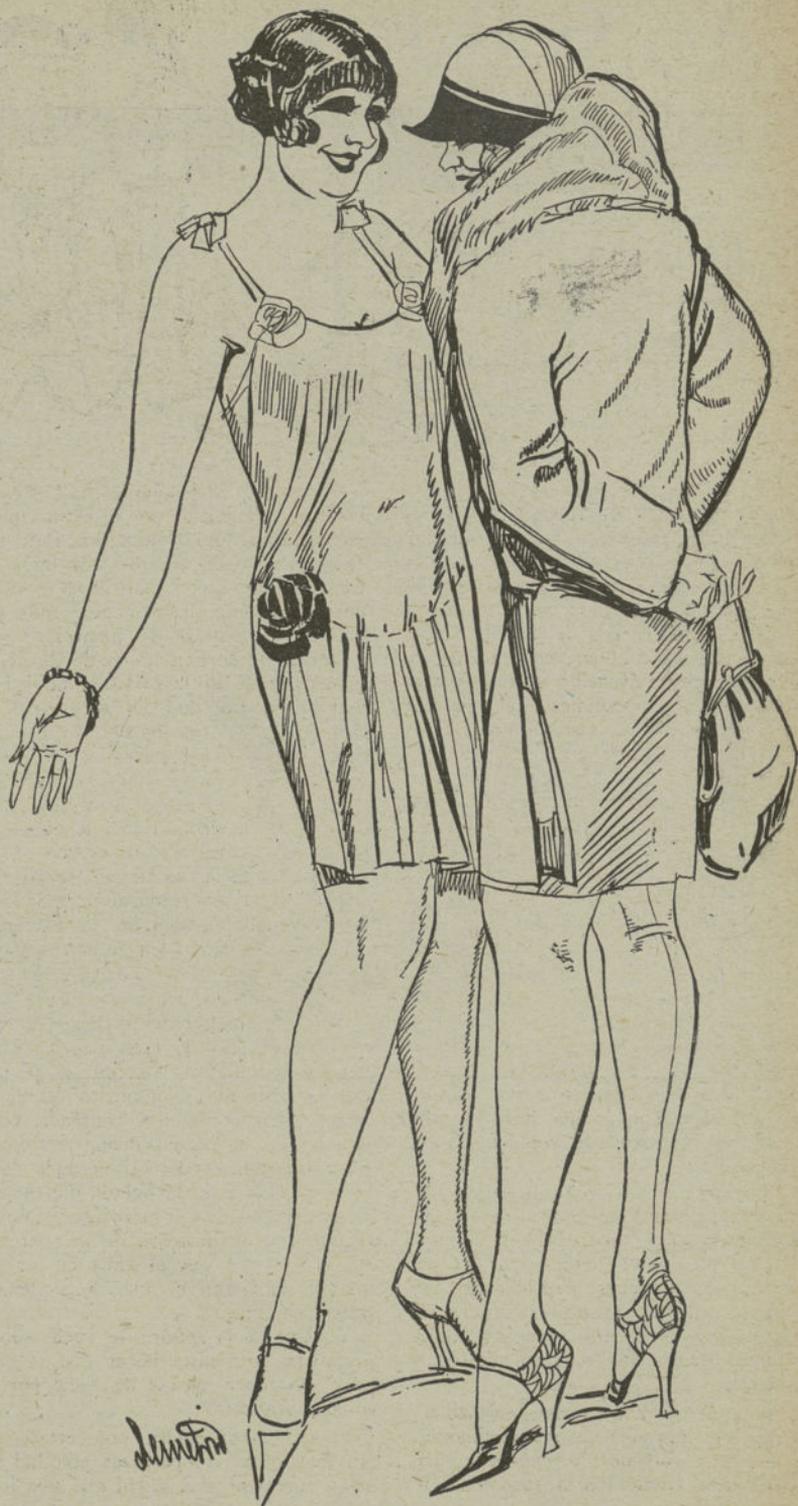
Y hasta si nos apuran un poco no estaría de más patentizar su *arte* y su *ciencia* porque a lo mejor serían de una enseñanza digna de imitar. ¿Por qué no?

\*\*\*

Los hermanos Ramos Martín han estrenado un sainete que lo titulan "Así se pierden los hombres".

Y el público les ha dado la razón.

Lo cual es una lástima, porque ¡resulta tan fácil no escribirles!



EL TRAJE NUEVO, por Demetrio.

—¿Tú crees que mi marido, al verme con este traje, se separará de mí?

—Si no es tonto... ¡Al contrario!

¡Vaya extraordinario de Carnaval, el de COSQUILLAS!

# EL MATRIMONIO



Mihura xvii

En esa soledad primaveral en que poseemos un rostro de repugnante idiotéz y nos llaman guapos las señoras de cincuenta y dos años amigas de nuestra abuela; en esa época temprana en que nos salen unos barrillos como melocotones de Valencia y nos deleitan el fútbol y los paseos en chalupa; en esa edad en que nos surge un asuntillo de faldas, consistente en una doméstica lugareña que nos abre los ojos a las voluptuosidades del amor de fregadero; en esa edad, repito, nos habla un íntimo de las conveniencias del matrimonio y nos echamos a reír como dementes, mientras exclamamos atizándole una patada en una fosa nasal:

—¡Qué insensatez, pobre amigo!...

Porque luego de la aludida fregona sinvergüenza, nos ama una tanguista que ve en nosotros ingenuidad y aseo, y después una casada otoñal, que nos adelgaza con sus ya postreras caricias, y, más tarde, una chica decentísima que en el "ciné" nos obliga a darle una crecida propina al acomodador para que haga la vista gorda, que es lo que hace la niña aunque no precisamente con el órgano de la visión.

Y llegamos a los veintiún años, repletos de satisfacción, hinchados de gozar y todo esto sin habernos gastado más dinero que el precio para obsequiar a las jóvenes caprichosas con aceitunas rellenas, bocadillos de chorizo y alguna que otra caña, que les deleita lo mismo que a los canarios flautas y cantadores.

Y si algún pelmazo insiste en hablar-nos de los sagrados lazos matrimoniales, nosotros volvemos a exclamar, atizándole otra patada en la susodicha pituitaria:

—¡Los lazos para los cuellos de pa-jarita!...

Y nos quedamos tan tranquilos.

Porque es lo que uno dice:

El casarse es más idiota que veranear en Pozuelo.

El día de la boda, a más de oír chirigotas de los amigos que nos espetan: "A ver cómo te portas, Indalecio." "Si necesitas ayuda, ya sabes donde tienes un amigo." "¡Qué ganadería más brava es la de don Concha y Sierra!" "Lleva

la cédula por si te pierdes." Y otras varias incongruencias por el estilo, que nos sientan peor que cuatro kilos de pasas, tenemos que obsequiarles con unos vasos de vino que luego critican por su parquedad, aunque haya habido más copas que en un bosque de pinares.

Y cuando se han hinchado de deglutir viandas y de decir ¡viva la novia! y se marchan todos, después de decir la clásica frase "¡al fin solos!", se queda uno más corrido que las cortinas de un café de camareras y no sabe uno qué hacer. Y si al cabo de algunas cavilaciones, se decide uno a ejecutar lo que debe ejecutar toda persona que se estime en algo, en circunstancias análogas, se pasa una nochecita que con un trabajo mucho más insignificante se estudia la carrera de ingeniero de caminos y le dan a uno notable.

Y no es esto sólo.

A la mañana siguiente tiene uno ganas de utilizar uno de esos papeles que se venden enrollados, y como no se puede uno separar ni un momento de su conyuge, se tiene uno que contener, porque no es cosa de poner de manifiesto nuestros repugnantes deseos, después de haberse pasado toda la velada diciendo que el corazón es una cosa rojiza y anhelante que ama la emoción de lo sobrenatural y divino, y que el alma de los seres que se idolatran es una luna llena de poesía sin límites.

Y como a la señora le suele suceder lo mismo, son unas horas que se pasan peor que doce piezas de seda por una aduana francesa.

Y, es claro, piensa uno estas cosas horribles y al compararlas con las ventajitas que tiene una gachí que nos invita a compartir su lecho, y que no se pone mala nunca y que si se pone la cuida su madre o una hermana de su madre, y seguimos diciendo que el matrimonio es una estupidez propia de personas con debilidad al cerebro.

Pero a los veintidós años, en vez de ser dos señoras de esta clase las que nos fatigan con sus pruebas de amor, es una solamente y, además, algo más fea, porque la juventud incipiente es lo que desean las damas y para pernoctar con un individuo de edad adulta,

prefieren que las abonen, y dejan los caprichos para los trajes de "soirée".

Pero no hacemos caso y seguimos alabando la ventajosa vida de solteros.

Sin embargo, a los veinticuatro años empieza a molestarnos un poco el reuma y ya nos cuesta más trabajo andar por ahí zascandileando en busca de anhelado plan, y para disfrutar de los encantos del femenino sexo, cada vez que queremos echar una cana al éter, nos tenemos que gastar dos duros, cosa que nos amueña bastante, porque antes, por diez pesetas, alternábamos con cuatro jamonas a la vez, que nos querían con delirio y nos convidaban además a empanadas de merluza.

Y uno, entonces, exclama:

—¡Las mujeres son unas aves ponedoras!

Que es precisamente lo que decimos cuando no se portan con nosotros como tales animalitos cacareantes.

Y pasa un año y otro año, y el plan no viene y tiene uno que seguir dilapidando billetes para hablar íntimamente con una socia en un tocado ligero.

Y, entonces, es cuando se decide uno a contraer matrimonio, ya que ésta es la única manera de tener al lado una señora, aunque eructe.

Y esta es la verdad del matrimonio, aunque haya todavía algunos ingenuos que cuando se casa alguno, dicen:

—¡Cómo se quieren! ¡Qué cariño más brutal! ¡Al fin, ha sentado la cabeza! ¡Hay que ver lo que puede el amor de dos almas!

¡Como si el amor tuviese algo que ver con las sábanas de hilo!

Se casa uno por lo que acabo de decir; que si hubiese jóvenes alegres siempre dispuestas a acariciarnos desinteresadamente, iba a contraer matrimonio Rita, la cantaora.

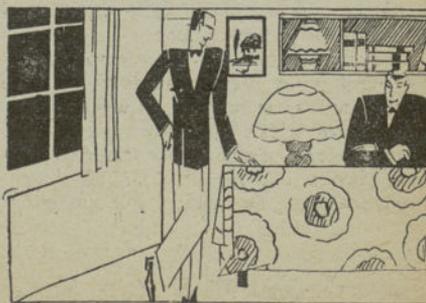
Yo no me caso, porque gracias al Altísimo, todavía me sale algún que otro barrillo, y mientras un servidor tenga un grano en la faz, no hay quien me divise con una esposa ni aunque haya matado a mi santísimo abuelo.

¡Pues ni que fuese uno imbécil!

¡Vamos, hombre!

MIGUEL SANTOS

(Ilustración de Mihura.)



—¿Has reñido con Mimi?

—No. Pero como la vi un día del brazo de uno, por si era una indirecta, no he vuelto.

Dib. de Enciso.



LA CARTA DEL DON  
JUAN, por Picó.

—¿Qué te dice en la carta?

—Idioteces. ¡Y está muy equivocado! ¡Se cree que porque soy viuda todos los caminos están andados!

## CHISPAZOS

Una mujer y una gata  
doméstico yo a la vez.  
Los arañazos que tengo  
todos son de mi mujer.

\*\*\*

Pianista de gran destreza  
llaman todos a Pilar,  
mas su profesor Andueza  
dice que sólo una pieza  
es la que sabe tocar.

\*\*\*

Cuando en Chamberí vivía  
Matilde, la costurera,  
según ella me decía,  
trabajaba para afuera.  
Hoy tiene casa en el centro  
y va al Retiro muy maja.  
¡Claro! ¡Como que trabaja  
para afuera y para adentro!

\*\*\*

Arroyuelo que regas  
la hermosa quinta  
donde soñando amores  
vive Dorila;  
¡si los pies le lavaras  
que bien harías!

\*\*\*

Unos cantan por costumbre,  
otros porque no les pisen,  
yo porque me da la gana  
y tú para que te silben.

\*\*\*

Un ciervo saltó al camino  
yendo de caza don Lino,  
médico de Peñafiel;  
erróle y fuera de tino  
sacó furioso un papel.  
Desdeñando la escopeta  
una bala bien repleta  
con el papel fabricó;  
era su última receta...  
Tiróle al ciervo... ¡y cayó!

MANUEL DEL PALACIO



## Charlas de Incórdiez

Voy a colocarles a ustedes el relato de una aventurilla acaecida a este humilde servidor vuestro y asiático de cuota. Se me eriza la espina dorsal al recordar el suceso. Yo he sido de todo en mi accidentada vida, y he ejercido los oficios más diversos, con gran lucimiento en algunos casos. Para ganarme la vida he tenido que ser hasta conejo. Pero en la ocasión a que voy a tener el desahogo de referirme era yo limpiabotas en un hotel famoso. En uno de esos hoteles que pa-

recen torres de Babel por cómo se reúnen las gentes de todos los países y por cómo se oye hablar en todas las lenguas.

Junto a los lavabos, y en un reducido espacio, tenía yo mi *establecimiento*, al que bajaban las camareras el calzado. También hacia servicios especiales en los cuartos de los viajeros, los cuales me avisaban por el tubo acústico. Yo he visto en aquel hotel, y mientras ejecutaba mi labor, cada arranque de muslo y cada braguita (he dicho braguita) como para perder el conocimiento y las uñas de los pies. Yo era feliz, porque además de ganar bastante, contemplaba los más bellos y enardecedores panoramas íntimos en las elegantemente descuidadas viajeras, extranjeras la mayor parte, españolas adineradas las menos, pero casi todas de escahifollante belleza externa e interna. Y como en el mismo hotel servía una camarera chatilla y regordeta, a la que yo desataba el delantal siempre que me ponía oriental, la situación mía era paradisiaca con asientos de terciopelo. Porque, a ver: yo le lustraba los zapatos a aquella cantante rusa, que recordarán ustedes que era más guapa que diez y ocho por la cara, pero que vista como yo la veía, resultaba una aurora boreal de belleza; pues en cuanto terminaba el servicio, salía yo con la caja, sin saber de dónde me la colgaba, a buscar a la camarera y a exigirle el tributo de su cooperación. Y todavía con la imaginación llena de inglés, me hacía portero mayor del Paraíso de Mahoma. Era una combinación mollar; aquello era casi casi disponer de la cantante como de una colchoneta. Y así, en el mismo placentero plan, aquella inglesa tan rubia y tan blanca, y aquella bailarina nubia, pero casada; y aquella millonaria yanqui, que llevaba peinecillos de brillantes donde no los podía ver nadie más que yo y el entarimado, y tantas otras mujeres de belleza deslumbrante, fueron la chispa que moría en el pararrayos de la camarera.

Pero un día llegó al hotel una extraña y elegantísima mujer, delgada y cimbreante, que acariciaba al mirar. El primer día que la serví en su cuarto, pues tenía el capricho de que le limpiara los zapatos calzados, pude ver en su totalidad sus finas y largas piernas, de una gran sensualidad, que me inquietaron más de la cuenta. Al segundo día, mientras la servía, me habló mimosa, y cuando terminé me dió una propina, que no digo a ustedes porque se van a creer que es una exageración mía. Yo salí medio loco por aquella mujer; por aquella mujer tan extraña haría yo las mayores locuras...

Cuando al otro día entré en su habitación, ella me mandó cerrar la puerta con cerrojo, y después se arrellanó en la butaca. Una nube de encajes velaba desde sus rodillas hacia dentro. Ella insinuó una conversación peligrosa, que yo ayudé enloquecido, atontado por la emoción. Aquella mujer extraña, un poco hombruna, me fascinaba. Ella musitó una súplica, a la que yo podía atender perfectamente en la posición en que me hallaba. Y yo, enloquecido... ¿Cómo lo diría yo?

¡Sí; eso es!... Pues yo me disponía a ser músico de ocarina, pero hasta que me di cuenta hubo un momento que fui músico de saxofón.

Vuestro hasta el desmadejamiento,  
INCÓRDIEZ

## Madras de guerra

Las solicitan:

Raimundo Plaza de Castro Arcos y Pepito Becerra Pesal, legionarios. Primer Tercio. Plana Mayor de Mando. Sección de Telégrafos. Tauma. Melilla.

El cabo Francisco de la Torre, de la Compañía expedicionaria de Jaén, número 72. Tetuán.

Salvador Morillo. Intendencia de Ceuta. Quinta Compañía. Tetuán.

José Rubio Paz. Sargento del Regimiento de Infantería de Africa número 68. Segunda Compañía. Tercer Batallón.

José López Galenzoye. Regimiento de Caballería de Taxdir, número 29. Cuartel Escuadrón. Alcazalquivir. Larache.

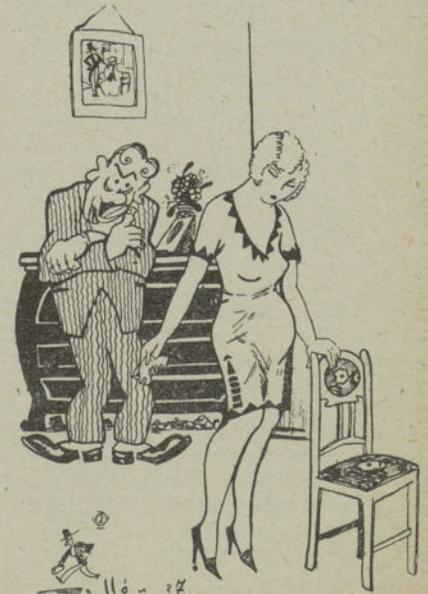
## Virilidad perfecta

instantánea, sin medicamentos.  
«SECRETO FAUST», infalible  
¡aun septuagenarios! Envío pliego cerrado, 0,25  
Escribid  
Apartado 1.236. Madrid



—No. Hoy no debo ir a visitar a Ricardito, ¿no es cierto? Creo que, después de estos quince días de ausencia, debo atender hoy a mi marido.

Dib. de Hereros.



El.—Me han dicho que durante mi ausencia de once meses no ha dejado de venir tu primo.

Ella.—¡Pero nada más a dejar tarjeta!

El.—¿Y dónde están las tarjetas?

Ella.—Me las he comido...

Dib. de Bellón.



# Barcelona En Pyjama.

## El negro que tenía el alma de color de rosa.

He leído en la prensa que en la libre América no se permite a los negros viajar en vagón "pullmann". Y como aquí, en Barcelona, el negro tiene siempre una actualidad, yo he decidido dedicarle esta crónica al "negro que tenía el alma de color de rosa". No todos van a tenerla blanca, como el que, para solaz de las familias, nos descubrió Alberto Insúa.

En Barcelona, el negro se ha dado siempre con una frecuencia encantadora. Recordemos, entre los negros famosos, a Jak Jhonson, a "Popó", Bubby Gurry que, tentado por el pintoresco empresario Gibert—el más pintoresco de los empresarios—, dejó el cabaret por el teatro, y ha colaborado con Guerrerito en *Las Mujeres de Lacuesta*.

Y no hay que olvidar—pues también entra en la categoría de negro—, Muley Haffid, de regocijada memoria, que se paseaba por las calles vestido con una túnica azul celeste. Carmen Flores decía que el pobre andaba disfrazado de Purísima.

Jak Jhonson llegó boxeador y acabó poniendo una agencia de publicidad. Todas sus excentricidades, todos sus lujos, todas sus mujeres, todos sus brillantes, tuvieron una vida efímera. Se sintió ganado por el ambiente y entregóse al comercio, que fué su último amor.

"Popó" no era un negro de tanta categoría como Jhonson ni tenía postm. "Popó" vivía de una manera misteriosa y absurda. Dotado por la madre naturaleza de una estatura y una corpulencia desmesuradas, no podía pedirle un traje a los amigos, pues no se hallaban trajes a la medida de "Popó". Sin embargo, nunca vióse a "Popó" mal vestido. ¿Quién vestía a "Popó"? ¡Enigma! ¡Espantoso y terrible enigma! Alguien ha asegurado que se proveía en el guarda-ropa del acaudalado comerciante A. L. Pero eso no es exacto, ya que nosotros hemos visto llevar al acaudalado comerciante A. L. uno de los trajes que antes había llevado "Popó".

"Popó", aunque parezca extraño, vive de las mujeres y siente por ellas un profundo, un amargo desprecio. ¿Por qué? Será, seguramente, porque le humillan, porque—como no esa sindicado—le obliguen a un trabajo excesivo. Al pobre "Popó", nunca se le vio pedir las ocho horas reglamentarias y trabajaba a destajo.

A primera vista, no se comprendía el partido que gozaba "Popó" entre las mujeres. Pero es que la alcoba de una mujer bonita ha sido siempre un misterio. Además, las mujeres—cierta clase de mujeres: las de temperamento excesivo—, siempre han sido aficionadas a los monstruos.

"Popó", además, tenía otra fuente de ingresos, menos complicada y más honorable. Más honorable, según desde qué punto de vista.

"Popó" se dedicaba, alquilándose como los taxis: por horas, a cobrar facturas incobrables. Fulano le debía al sastré setecientas pesetas, por ejemplo. —Ponemos este ejemplo, porque es *d'après nature*, porque hay quien las debe—. Pues el sastré le entregaba la factura a "Popó" con orden de perseguir al cliente con la mayor ferocidad posible.

"Popó", con una diligencia que habría asombrado a nuestros abuelos—nuestros abuelos, supongo, serían gente en materia de diligencias—, se ponía inmediatamente en campaña. O lo que es lo mismo: salía en persecución de Fulano.

Pero Fulano no estaba en casa —¿A qué hora suele estar?—preguntaba el negro, animado de las mejores intenciones.

—Pues a las de comer, cenar y dormir.

—Bueno. Volveré.

Y volvió. Fulano le aguardaba, intrigadísimo. Un negro había ido a visitarle. ¿Qué quería de él el negro? Ni con los del jazz tenía tratos, porque le daban jaqueca. ¡Pero, señor, si él no era amigo de negro alguno a no ser el cinco de la ruleta!

"Popó", sonriente—una sonrisa tan blanca, que era, en su rostro, como si se abriese una ventana—, le presentaba la factura. Fulano, aterrado, se desahacía en excusas de una vaguedad verdaderamente alarmante. Pero "Popó" no se ablandaba. ¿El señor no tenía suelto en aquellos momentos? Muy bien...

—Es decir: ¡muy mal! Pero, ¿qué le vamos a hacer? Otro día será.

—Sí, eso; otro día—suspiraba Fulano, creyéndose libre.

—Dígame el señor qué día.

Y como el señor, o sea Fulano, igual le daba un día que otro, le citaba para el 30. "Popó" abría de nuevo la ventana de su sonrisa, se quitaba el hon-

go pulidamente y desaparecía por el caracol de la escalera.

Naturalmente, Fulano advertía:

—En cuanto se presente el negro este, que no estoy en casa. Que me he ido a Colonia a por agua o a Holanda a por queso... En fin, que no quiero verle el pelo.

Naturalmente, el día 30 se presentaba "Popó" con la factura.—El señor no está—decíanle.—Ah, ¿no está? Muy bien, le esperaré.

—Es que se marchó a Alemania.

—Bueno—sonreía el negro—, le esperaré. ¡Yo no tengo prisa! Y se sentaba en un rellano de la escalera. Y aguardaba. Y cobraba. A la corta o a la larga, pero cobraba. A nadie le gusta tener un negro en la puerta con una factura en la mano.

La paciencia de "Popó" era prodigiosa. Cierta vez resistió dos meses y siete días ante la puerta de un moroso. Le subían la comida de un restaurant próximo. Dos veces por semana le llevaban ropa limpia para mudarse. Por la noche dormía en el ascensor. Se leyó las obras completas de Alejandro Dumas, padre.

Así vivía "Popó", uno de los negros más pintorescos que han pasado por Barcelona.

Sin embargo, no es "Popó" el negro más pintoresco. Queríamos hablar de "El negro que tenía el alma de color de rosa". "El negro que tenía el alma de color de rosa", no sabemos cómo se llamaba. Le llamaban el príncipe de Cuba.

Su historia es más interesante que la de Robinson Crusoe. Pero se nos acaba el papel y el humor. Lo dejaremos para otro día.

LUIS CAPDEVILA



—Bueno; te espero en casa para que hagas las paces con Pepe. Espero que no faltes.

—El que no debe faltar es él, que es un insultador.

Dib. de Mouro.

**Chismorreo teatral**

"Teatro de la Avenida."  
El miércoles, a las cuatro,  
día de moda, se estrena  
"La mujer del empresario".

\*\*\*

El gran actor de *carácter*,  
Baldomero Bustamante,  
pegó ayer en el ensayo  
un palo al representante  
y ha patentizado el hecho  
de un modo rotundo y cierto  
que es un actor de *carácter...*  
(de carácter violento).

\*\*\*

La bella artista Sagrario,  
esposa de Luis Argeles,  
consigue de su empresario  
los más lucidos papeles.  
Mas Pepe, que está escamado,  
ya dice a gritos que él  
es—según está probado  
ei que hace *muy mal papel*.

\*\*\*

Se ha suspendido el estreno  
de "El pendón de las cruzadas"

por negarse a hacer la obra  
la actriz Teresita Anglada;  
pero es fácil que se encargue  
del papel Luisa Belén,  
pues asegura que *eso*,  
ella lo sabe hacer bien.

\*\*\*

"Teatro de la Verdad."  
Mañana "El sí de las niñas",  
por Merceditas Clairac,  
artista que hace las niñas  
con suma facilidad.

\*\*\*

La tiple Rosita Alsas,  
que es más mala que ninguna,  
y que a pesar de ser mala  
ha hecho una enorme fortuna,  
asegura formalmente  
que la fortuna reunida  
se la ha ganado en las tablas  
trabajando noche y día.  
Mas hay algunos que afirman  
que exagera con derroche,  
pues si bien trabajó mucho  
lo hizo sólo por la noche.

\*\*\*

En el teatro de Esquilo  
se ha armado un gran cisco ayer,

porque a Luz le han dado "*La  
doncella de mi mujer*".  
Pues sus compañeras dicen  
a grandes gritos, que ella,  
aunque pretenda, no puede  
presumir ya de *doncella*.

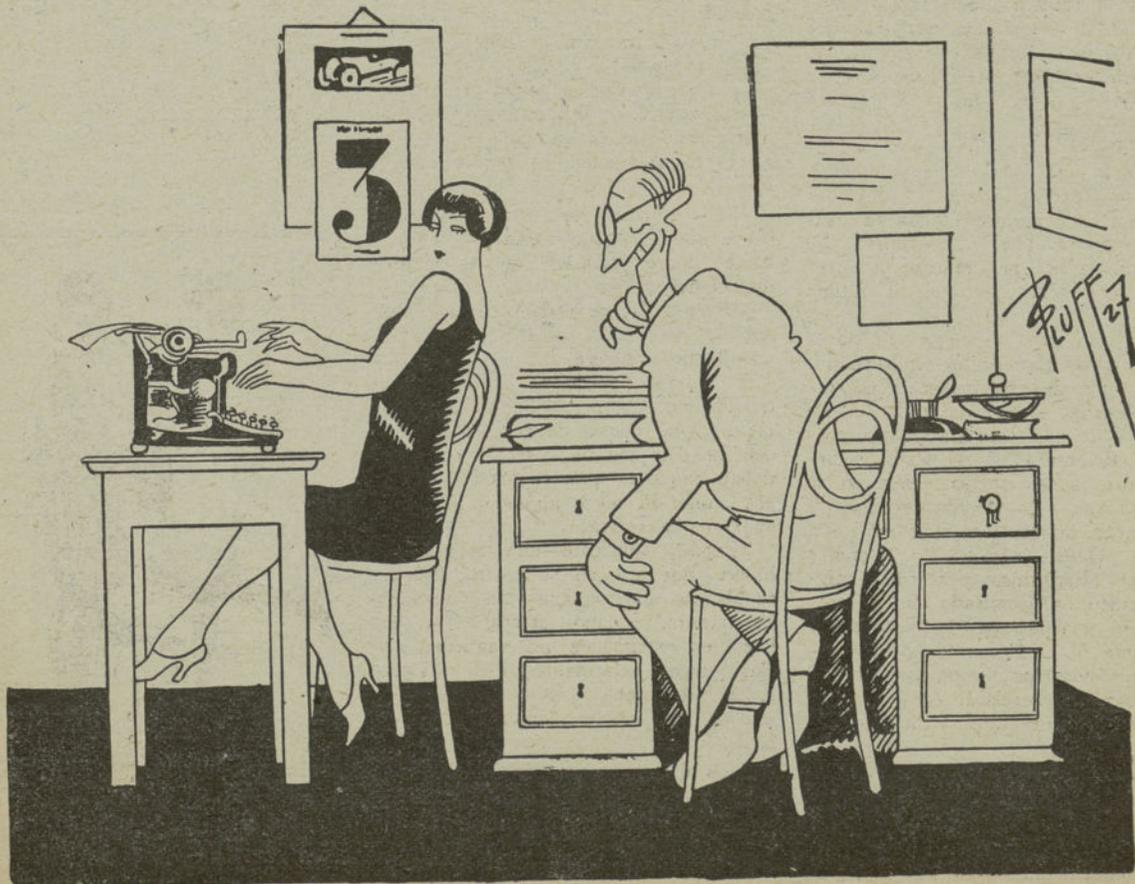
\*\*\*

La novia del galán joven  
del teatro de Plutarco,  
para contratarse pide  
dos *beneficios* al año.  
Y el empresario le ha dicho  
con muy cortés ironía,  
que los beneficios, ya  
se los da todos los días.

FIDEL PRADO

**Corresponsales que no pagan**

- Antonio Berenguer, Elda.
- Pedro Alarcón Cardán, Albaterra.
- Lorenzo Pintado, Collado-Villalba.
- José Aguilar, Osuna.
- Juan López Olmedo, Morón.
- Deogracias Brito, Arucas.



ENTRE COMPAÑEROS, por Bluff.

El.—Señorita, ¿quiere usted hacer el favor de buscarme la a?

## El amor y la FANC

## RECETAS PRACTICAS

I

Cine, piernas entrelazadas, bocas que furtivas se unen: Zarzaparrilla.

(Para la señora de compañía ligera anestesia gástrica con un bocadillo de jamón.)

II

Reservado bombillero, suena el charlestón en un organillo, las hojas otoñales huyen del jardín, como temiendo que las pongan el gorro. En la mesa del reservado, unos salmonetes están colorados de presenciar la escena; en el diván unas medias de seda; un suspiro, otro, otro, otro; un grito, unos más leves de conformidad, otros levisínos de satisfacción: Cornezuelo de centeno.

El mismo decorado, sin el grito de dolor y sin los de placer, puede cambiar la medicación: Permanganato potásico.

III

Marido cazador, ausencias forzadas, dolor de cabeza, sensación de cuerpo extraño en la frente: Opoterapia, bilis de buey.

IV

Pollo pera, con chanchullo y rombo, andar a lo Bori, mirada tipo segunda tiple: Supositorios. Nota: deben colocarse con caja y todo.

V

Amor de tanguista, noche de pasión, mordisco en el brazo; urgente: Tratamiento antirrábico.



—¡Qué desgraciado soy!... Mientras que mi mujer y su sobrino están en el gabinete contándose cuentos verdes, me ordena que le devane una madeja de lana aquí solo. ¡Me da en la nariz que se va a enredar!

VI

Calle Ancha de San Bernardo; salida de teatro; rubia provocativa. ¡Ven, elegante!; pequeña parada; primero, tacto ligero; segundo, parte comercial, tercero, trato hecho...: Yodoformo y sulfato de cobre.

VII

Muchachita pálida, ojerosa, con la cara arrebolada por la fiebre; si tose sólo, un jarabe antibacilar; si tose y espata, ¡a la cama!

VIII

Anemia; diez y nueve años; cara pálida; mira a los hombres como si se hubiese tomado un baño de asiento en vermut; languidece a la caída de la tarde; noches de pesadillas y sueños penetrantes: Hierro (el mejor para estos casos, no es el preparado en forma de píldoras o jarabes, el mejor es el preparado en forma de... somier).

IX

Olor de boulevard; amor francés; palomitas rubias; soldados desconocidos de la gran guerra amorosa; bocas con sabor de pitillos egipcios y de harina lacteada internacional; políglotas amables; piden cinco duros hasta en esperanto. Terapéutica: chupar el termómetro en cuanto lleguéis a casa, para irros acostumbrando al mercurio.

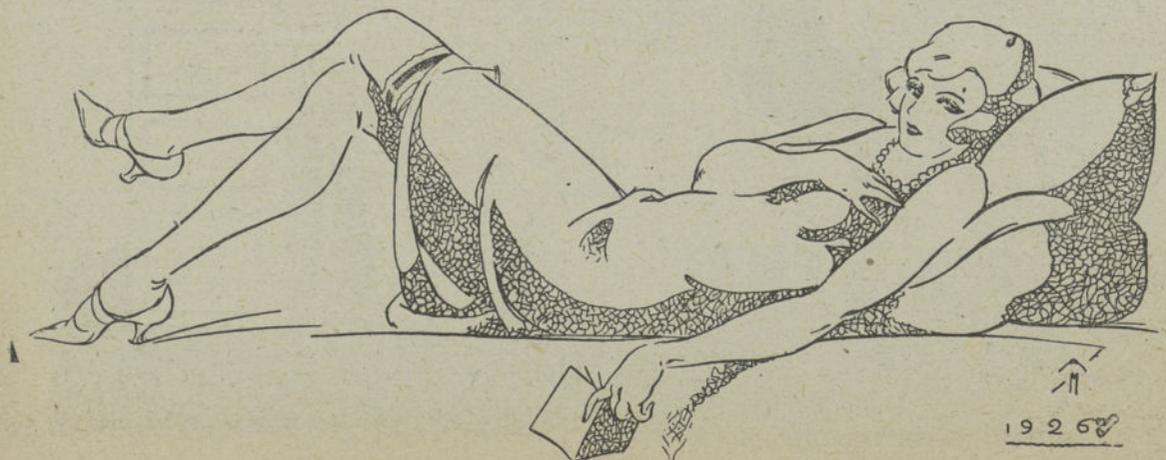
X

Senectud; amigueta bella; piso coquetón en Ríos Rosas, General Pardiñas, Torrijos (¡pobres liberales!); cretonas de Díaz, cojines pletóricos de plumas (como su propietario); olor a perfumes de Cotti; pijamas de gusto oriental; visita a la caída de la tarde; intento de posesión de lo que tan caro cuesta; ¡negro pesimismo! (no es sólo la tarde la que cae); desesperación; pequeño consuelo lingual: Injerto Voronof. (Preferible sea de mono viejo, pues si es de mono joven, puede darle por subirse por los armarios y cascar nueces).

XI

Primera juventud; inquietud amorosa, ensueños eróticos hasta en el Instituto: Higiene, paseos y régimen de frutas y esperar.

FÉLIX HERCE



—¡Qué escena más atrevida describe este novelista!... Este libro hay que leerlo con un baño frío preparado.

Dib. de Moliné.



# Cuentos al oído

## Mi amigo Gutiérrez

—¡Adiós!  
—¡Adiós!—me contestó tras un brevato de charla en la acera mi amigo Fernández.

Y cuando ya iba a trasponer una cercana esquina, volvióse hacia mí y me dijo en voz alta:

—¡Oye!... ¿Sabes quién se ha muerto?... ¡Gutiérrez!

—¡Gutiérrez muerto!... ¿Y dónde?... —exclamé yo a mi vez.

—¡En el manicomio!...

Fernández desapareció definitivamente tras de la esquina. Yo seguí calle adelante camino de mi casa. Y durante todo el resto del día no dejé de acordarme del pobre Gutiérrez. ¡Claro! ¿Dónde había de morir sino en el manicomio? ¡Infeliz! Me parecía verlo alto, flaco, con los ojos de alucinado, sarmientosas las manos y un poco desorbitados los ademanes, haciendo su brusca aparición en el café, en el periódico, en la calle, dándome unos golpecitos en el hombro, hablándome de unos negocios fantásticos y esfumándose de súbito como sorbido por un torbellino de ensalmo. Yo siempre que lo veía, esperaba de él algo extraordinario y fuera de lo vul-

gar. No era un tipo corriente, no. La demencia le ardía de antiguo en el cerebro. Y daba a todas sus acciones un aire extraño.

... ..  
Su locura se me manifestó de un modo inequívoco hace ya cerca de un quinquenio.

Iba yo cierta noche de invierno, después de haber cenado, a un teatro donde acababa de estrenarse una obra con un éxito aceptable. La ciudad estaba como sobrecogida, envuelta en una densa niebla, que charolaba el asfalto y ponía un halo temblón en torno de los faros. De pronto, surgiendo, al parecer del seno de la niebla, una silueta larguirucha, mal vestida con un abrigo suelto que flotaba al viento, levantóse ante mí. ¿Cómo dudar de quién era?... Se trataba de mi amigo Gutiérrez. Llevamos la misma dirección durante un buen trecho. El cuitado refunfuñaba algo entre dientes. Me aproximé y pude escuchar lo que decía.

—Uno que hace dos—hablaba—, dos que hacen cuatro, cuatro que hacen ocho, ocho que hacen dieciséis...

Y seguía así en progresión constan-

te, mientras manoteaba en el aire con gesto contundente, como si tajara la mebla. Hube de saludar a un conocido y, cuando volví la cabeza, la silueta de Gutiérrez desaparecía absorbida por el portal tenebroso de un garito, célebre en aquellos tiempos.

Estuve en el teatro hasta la una. La obra me hizo pasar un rato agradable. No era tan buena como aseguraban los amigos del autor, ni tan mala como afirmaban sus enemigos. Estaba bien. Nada de problemas hondos; nada de frases lapidarias. Facilidad, soltura, emoción de vez en cuando, de tal modo, que el público reía con un ojo y lloraba con el otro dentro de un sano equilibrio, mientras su representación.

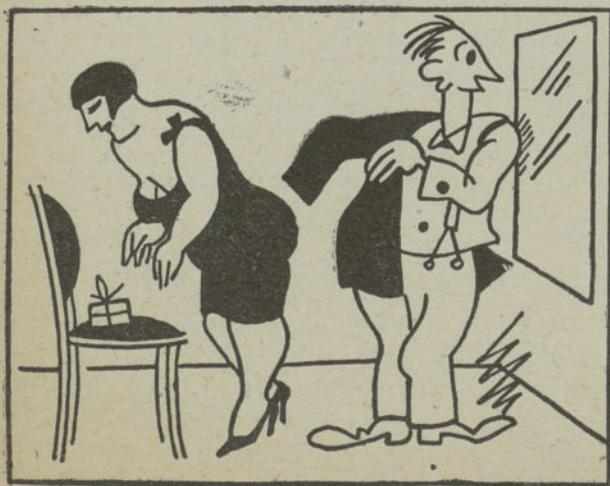
La niebla se había espesado aún más que antes. Los autos se deslizaban suavemente, silenciosos. La lucecilla de su trasera se ahogaba con rapidez en aquel río gris, pegajoso, que era cada calle.

En cuanto me aparté un poco del centro, apenas vi algún que otro transeunte que huía corcovado por la mala noche camino de su hogar.

Inopinadamente, la sombra de mi amigo Gutiérrez surgió de nuevo ante mí como por arte de magia. Casi corría; así es que, desabrochado el abrigo, semejaba un enorme pajarraco volando aturdido en la noche. Al llegar a una esquina, se detuvo. Cuando llegué hasta él, una mujer gruesecita, cubierta con un abrigo, le sonreía. Distinguí sus ojos prometedores, su boquita en forma de capullo, sus manecitas enguantadas fijas como garras en los brazos de Gutiérrez. Sus ojos, a pesar de su innegable hermosura, debían padecer de alguna extraña dolencia, de alguna ignota debilidad.

—¡Ven, moreno! —murmuraba a mi amigo, a Gutiérrez, que era rubio como las candelicas de los campos y cuyo pelo semejaba una llamarada de estopa.

El cuitado la miraba sin pestañear,



Ella.—¿Y qué es lo que me dejas en este paquetito?  
El.—Unos caramelos. También tú tienes derecho a mis atenciones.

Dib. de Bluff.



El dependiente.—Aquí todo lo que vendemos es para después.

Dib. de Bluff.



—¡Dios mío! ¿Será pecado adorar a otro hombre que no sea el marido de una, estando casada una, como me sucede a mí?  
Dib. de Herreros.

aunque distraído al mismo tiempo; la miraba con insistencia, que pudiéramos llamar *ausente*. Luego, de súbito, la engarfó de un brazo y casi la llevó arrastras, mientras exclamaba alegremente:

—Verás; verás, muñequita; verás... No hay que ser siempre codiciosos. Antes uno que hacen dos, dos que hacen cuatro, cuatro que hacen ocho... Ahora, en cambio, hay que contentarse con menos... ¡Dos que hacen uno!... ¡Dos que hacen uno!... ¡Dos que hacen uno!... ¡Nada más!...

Y, con una carcajada sin eco en la calle encolchada por la niebla, Gutiérrez empujó a su pareja hacia un portal oscuro, acogedor y hospitalario...

Pasaron, después de lo que acabo de contar, unas semanas. Y en una mañana deliciosa, en que el sol vestía de oro las calles, por donde pasaban las mujercitas ebrias de luz y de gozo íntimo, como alondras recién despiertas, he aquí que me encontré a Gutiérrez sentado en la terraza de un casino, ante una copa vacía, con las manos agarradas sobre un bastón de bola de plata y con la mirada perdida en una lejanía inaccesible. Le di un manotazo en el hombro para sacarle de su abstracción. Dolorosa impresión la que le causé, porque lanzó un ¡av! apagado y esbozó una mueca de sufrimiento.

—¿Qué te pasa, chico? —exclamé.

—Nada de particular—me contestó—. Estoy algo enfermo y, además, la sor-

presa... Y, ¿sabes?, me alegro de verte, porque tengo ganas de charlar contigo.

—Pues habla, Gutiérrez, habla... Yo también sentía deseos de pasar una hora en tu compañía...

Me senté a su lado y esperé que comenzase la charla. Todo en vano, porque mi amigo no volvió a despegar los labios, por los que apenas salía, muy tenue, en forma de silbido, una canción de moda. En vista de ello, decidí hablar yo y, para principiar, le increpé:

—¡Picarón!...

Y le asenté un nuevo manotazo en una rodilla. Este manotazo suscitó en Gutiérrez otro ¡ay! más doliente que el primero y otra mueca más expresiva que la anterior. Yo, sin concederle importancia, le conté cuanto había presenciado la célebre noche de la niebla, dándole toda clase de detalles para que viese cómo la casualidad me había hecho sabedor de sus andanzas.

—¡Ah, granuja! —concluí—. Nada hay oculto bajo el cielo. Ni la niebla más densa basta para enmascarar tus picardías.

Durante mi cháchara, mi amigo había esbozado unas cuantas sonrisas inverosímiles, a media boca, a media faz, encogiendo sólo una comisura de los



—Pues, verás, estaba yo en el jardín, debajo de un olmo, con Arturito...

—No sigas: Te pediría lo que no se puede pedir a ese árbol.

Dib. de Montero Boch



—¡Gracias, Dios mío! Me dice que me quiere, que me quiere..., ¡que me quiere comprar el collar que tanto me gusta!  
Dib. de Moliné.

labios, en un gesto indefinible, vago e incierto. Cuando terminé de hablar, siguió él callado unos momentos. Luego, de repente, se puso en pie, de una manera rígida.

—¡Qué vida ésta! —exclamó mordiéndose las palabras—. ¡Aquella noche, a primera hora, uno que hace dos, dos que hacen cuatro, cuatro que hacen ocho, etc., etc.!... ¡Luego, casi de madrugada, dos que hacen uno, dos que hacen uno solamente!... Y ahora, amigo mío, fíjate: uno que hace el ridículo... uno que hace el ridículo...

Gutiérrez comenzó a alejarse sin dejar de repetir esta última frase. Se apoyaba fuertemente en el bastón y, a pesar de eso, cojeaba de un modo visible...

—¡Uno que hace el ridículo! —repetí yo maquinalmente—. ¡Uno que hace el ridículo!...

Gutiérrez entró en un portal inmediato, en cuya puerta, una placa anunciaba a un médico famoso... ¡Nunca hubo burlas con el amor!...

¡Pobre amigo mío!... ¡Ya no le vi más!... Supe, pasado el tiempo, de su demencia palpable, de su reclusión en un manicomio... Después, el silencio fué acumulando ondas de olvido sobre su figura... ¡Y, al fin, tras de un largo paréntesis, su eran zambullida en la muerte!... ¡Cómo recordé a Gutiérrez lo menos durante veinticuatro horas!...

José A. LUENGO

## ¿Quién es el novio?

No hay cosa más fastidiosa para mí que andar de casa en casa preguntando por cualquier individuo cuyo domicilio se me diga inconcretamente; o haber de informarme de una dirección que conozca vagamente, o cosa parecida. Sólo en casos supremos me decido a buscar estos informes o aquellos domicilios, pero renegando de quien no me ha asesorado con todo detalle y hasta renegando de mí mismo.

Una precisión absoluta me obligó a buscar a cierto individuo de quien sabía exactamente su domicilio, pero que, al dirigirme en su busca a su casa, me dijeron que allí sólo iba a dormir, cada día a una hora, y que comía a capricho en la primera fonda o bar que hallaba al paso. ¡Ya estamos en uno de esos casos que me ponen todos los nervios de punta! ¿Dónde hallar, pues, al individuo en cuestión? La dueña de su casa me dió la clave. El tal sujeto tenía novia; la joven porterita de la casa tal, calle tal. A verla acudía diariamente, al anochecer, y si pasaba por la calle a esa hora, les vería en el kiosco de la portería, muy amarrotados, como corresponde a novios que se quieren mucho y están en vísperas de casarse.

Bueno, esto ya era un detalle. Ya tenía casi la seguridad de encontrarle. Y allí fui, en un atardecer que no olvidaré nunca, a pasear por la calle tal, mirando de reojo al kiosco de la portería. ¡Justo! Las señas habían sido exactas; los novios se hallaban dentro del kiosco de vidrio, sentados muy juntitos, él de espaldas a la calle y ella de cara. ¡Guapa chica, por cierto! No me decidí a interrumpirles, ni siquiera a mirarles con detención, para no estorbar un idilio tan acaramelado y no captarme por anticipado las antipatías del hombre a quien necesitaba.

Decidí esperar un poco. No tenía prisa y me parecía lo más prudente. El hombre me lo agradecería después. Púsemme a pasear la calle, cuidando de no



—Pues sí, vengo tarde a la oficina porque anoche soñé que estaba en el cine con mi novia, y yo padezco de debilidad nerviosa.  
—¡Pues debía venirse antes!, será lo que le diga el jefe...  
Dib. de Mihura.

perder de vista la puerta de la casa, y, cada vez que cruzaba ante ella, dirigía una disimulada mirada al kiosco de la portería... Sí, allí estaban; ella, frente a la puerta y él de espaldas, ambos muy inclinados hacia delante y juntando las bocas... Bueno, aquello era aguantar una capa escandalosa, pero teniendo en cuenta que estaban en vísperas de casarse, bien se les podía permitir alguna expansión... En último caso, todos hemos sido jóvenes, todos hemos tenido novia y to-

dos hemos aprovechado el tiempo de las relaciones lo mejor que hemos podido. ¡Dichosos ellos, qué caramba!

Seguí dando paseos, calle arriba y calle abajo. Afortunadamente la espera no fué larga. A los diez minutos escasos vi que la parejita se despedía con un beso que oí a través del vidrio. Salió el afortunado y le abordé en seguida.

El hombre me miró con extrañeza. No, él no era Juan X., no era el novio de aquella muchacha. Era un vecino de la casa que, como la chica era muy simpática, mataba algún ratito haciéndole compañía en la portería para que no se aburriese de estar sola. Y tal acento de verdad tenía que le creí y le ofrecí mis sinceras excusas.

—¡Caramba, caramba!—exclamaba yo, mientras esperaba que apareciese el verdadero novio—. Si ese muchacho se hace muy amigo mío, voy a tener que compadecerle en vez de envidiarle. Porque la chica es guapa, indiscutiblemente; pero...

Al volver los ojos al kiosco de la portería vi que frente a la muchacha, y de espaldas a la calle, se había sentado otro hombre. ¡Ya está ahí!—pensé—. Y volví a mis paseitos, observándoles de reojo y convenciéndome de que aquel sí era el novio.



INSTANTANEA DE CARNAVAL, por Bellón.

Un poquito demasiado tranquilos, para hallarse casi a la vista de los transeúntes ¿verdad? Bien, sí; pero tengan en cuenta que eran muy jóvenes los dos, que se hallaban en vísperas de boda y que ella era bonita de veras y apetecible como una perita en dulce. Yo les absolvía desde el fondo de mi corazón. ¡Qué diantre! También uno ha sido joven y ha tenido novia y... etc., etc.

Un poquito demasiado tranquilos, para hallarse casi a la vista de los tran-

Esperé calmamente y con toda resignación. Cada vez que cruzaba ante ellos, les lanzaba una ojeada furtiva. Ella estaba cada vez más cerca de él y cada vez más roja... Y sonreía condescendiente y filosófico. Hasta que, a cosa de un cuarto de hora, salió él. También sonó un beso rotundo... y también el hombre se quedó extrañado ante mi indagatoria. ¿El novio? No, no era el novio. Era el dependiente de ultramarinos de al lado, que, cada tarde, al cerrar, pasaba a hacer un ratito de compañía a la porterita amable. ¡Era tan simpática y tan buena chica!... Sí, ya sabía que tenía novio y que estaba próxima a casarse; pero se puede tener novio sin que por ello se haya de refir con los amigos...

El hombre seguía dándome razones, que maldita la falta que me hacían. Le dejé ir, excusándome secamente y volví a observar la puerta de la casa. En aquel momento entraba un joven... Pasé ante la puerta y, en efecto, había entrado en la garita de la alegre porterita y le debía decir cosas muy graciosas, por cuanto



Ella.—¡Es inútil, Atenedoro; yo no puedo hacer caso más que a un individuo con tela!

El.—¿Con tela? ¡En el chanchullo tengo yo para dos capas!

Dib. de Herreros

vi. Habían desaparecido los dos del kiosco. ¿Dónde habían marchado? A la calle no habían salido, porque los hubiera visto. ¿Dónde, pues? Y a trueque de ser descubiertos en mi espionaje, me detuve a la puerta, adelanté la cabeza, miré a todos lados y... allí, tras de la puerta, expuestos a que cualquier vecino o visita de la casa entrase de pronto y les sorprendiera formando una sola sombra.

Ahora estaba seguro de no engañarme. Sólo el novio podía llegar a tanto. Y en realidad no era demasiado, puesto que algo había de excederse para no quedar a la altura de simple amigo. ¡Caramba con la porterita! Guapa era, pero... Si como porterita resultaba bastante bien, como futura esposa me iba pareciendo un tanto peligrosa... En fin, menos mal que esta vez, el que la apretujaba contra la pared, detrás de la puerta, era el novio con quien iba a casarse en breve.

Salió a los pocos minutos y le alcancé a media calle. ¿Qué? ¿El novio de la porterita?... No, nada de eso. Era el chófer de la casa de enfrente. Si había estado unos minutos hablando con ella era porque... porque le había dado un recadito de su señora para la señora del principal... No iba yo a pensar otra cosa ¿verdad?

No respondí nada. Comenzaba a sentirme enfadado, sin saber con quién. Iba teniendo la vaga sospecha de que, por el detalle que me habían dado, no iba a reconocer nunca al novio de la amable porterita. Pero ¿qué hacer? No podía marcharme. Necesitaba absolutamente a aquel hombre y no tenía más remedio que esperar a que una casualidad me lo presentase. ¿Y si le preguntara a ella misma? Seguramente no iba a responderme mal. Su amabilidad no quedaría circunscrita a los vecinos. Además, la pregunta no tenía nada de particular y era bien motivada.

Salió ella arreglándose el corpiño, sonriendo como una bendita, enrojecida y satisfecha, como quien acaba de cumplir con su deber o ha hecho una obra de caridad. Y yo, incapaz de esperar más, le pregunté a ella misma.

¿Su novio? ¿Quería hablar a su novio? Pues le encontraría allí mismo, pero algo más tarde. Acostumbraba a ir a verla a la hora de cerrar la puerta.

—Y... ¿cómo le conoceré, hija mía? Porque ciertos detalles que yo creía elocuentes, me resultan totalmente engañosos.

—Pues le conocerá en que... en que lleva un pantalón a rayitas blancas.

—Muy bien; eso ya me parece más ella reía a carcajadas, mostrando unos dientes que eran una delicia de blancura y haciendo temblar bajo su blusa los abultados senos provocativos. ¿Sería éste el novio? Por si acaso, esperaría, pasearía la calle y les espiaría de reojo.

Al volver a pasar segunda vez, no les seguro. Porque, por otros detalles... ¡cualquiera conoce quién es su novio!

Y, en efecto, por los pantalones con rayitas blancas le reconocí; pero luego de pasar largo rato dudando. Porque aconteció que, a la hora indicada, vi a un joven con pantalón a rayitas blancas,



—¡Cómo me gusta pasear en taxis!... Me hago la cuenta de que tengo auto propio y que estoy haciendo una gran carrera.

Dib. de Herreros.

hablando con la amable porterita; pero tan juicioso, tan formal, tan separado de ella, que no pude sospechar se tratase del que en breve iba a casarse con ella. ¡Señor, Señor, lo que me costó de saber quién era el novio!

J. DE VALDEMAR

## HUMORADAS

Todos lo han conocido:  
¿Va con uno y bostezo? Es su marido.

Te vi ayer, y perdona si al momento contigo me casé de pensamiento.

Cazadores y amantes  
cautivan fascinando con reflejos:  
Unos cazan mujeres con diamantes  
y otros cogen alondras con espejos.

Oyó la historia de Eva y la inocente  
entró en ganas de ver una serpiente.

¡Oh, mujer admirable!  
porque fuese él feliz fué ella culpable.

Aunque eres la peor de las mujeres  
no se dice en un mes lo buena que eres.

R. DE CAMPOAMOR



UNA ESCENA DE LA HERMOSA PELICULA, PLENA DE ARTE,  
TITULADA "EL ALMA DISFRAZADA".

---

## CONCHITA PIQUER

Quisiera estar revestido de otras plumas que no fueran de ganso, para escribir los elogios que merece esta beldad de... *beldad*.

Pero soy Incórdiez, e Incórdiez he de morir, a pesar de las cariñosas amonestaciones de Walken, que me aconseja que me afine. ¡Pero si no puedo, Pepe de mi corazón! Eso lo puedes hacer tú porque ya naciste así y por la continua contemplación de mujeres como Conchita Piquer. Así, ¿quién no se afina? Yo acabaría como un hilo.

Reciba la hermosa mujer y notable artista de la canción y de la pantalla el homenaje de mi admiración. (¿Te fijas, Walken?)

Vuestro hasta el último mugido,

INCÓRDIEZ

